

¿Es una “falsa sutileza” la división lógica de las figuras del silogismo? Sobre la crítica de Kant a la doctrina aristotélica del silogismo categórico

Rogelio Rovira

ABSTRACT

The aim of this paper is to show the unsoundness of Kant's thesis, according to which Aristotle's logic division of the four syllogistic figures is a false subtlety. As a matter of fact, Kant's criticism of Aristotle's doctrine of categorical syllogism is in last analysis based on a misinterpretation of the Aristotelian procedure of the reduction of syllogisms.

KEYWORDS: *Syllogism, Syllogistic Figures, Reduction of Syllogisms, Kant, Aristotle.*

RESUMEN

El objeto de este artículo es mostrar lo infundado de la tesis de Kant según la cual la división lógica de las cuatro figuras del silogismo debida a Aristóteles es una falsa sutileza. En verdad, la crítica de Kant a la doctrina del silogismo categórico defendida por Aristóteles se funda en último término en una interpretación errónea del procedimiento aristotélico de la reducción silogística.

PALABRAS CLAVE: *silogismo, figuras del silogismo, reducción silogística, Kant, Aristóteles.*

Como es sabido, en 1762 publicó Kant, acaso como invitación al curso de lógica que dictaba regularmente en la Universidad de Königsberg, un breve escrito titulado *La falsa sutileza de las cuatro figuras del silogismo*. En él se sostiene, en efecto, según anuncia su título, que “la división lógica de las cuatro figuras silogísticas es una falsa sutileza (*falsche Spitzfindigkeit*)” [DfS, § 5, Ak II, 55], vale decir, una aguda y perspicaz construcción intelectual que, sin embargo, induce al error de pensar que hay más de un modo de inferir. Y en una nota a pie de página de la segunda edición de su *Crítica de la razón pura*, el filósofo se hizo eco de lo defendido veinticinco años atrás al afirmar sobre los silogismos categóricos que “la prolija doctrina de las cuatro figuras silogísticas [...] no es otra cosa que el arte de obtener subrepticiamen-

te, por ocultación de inferencias inmediatas (*consequentiae immediatae*) bajo las premisas de un silogismo puro, la apariencia de que hay más formas de inferencia que las de la primera figura” [KrV, B 141].

Ni en el escrito precrítico ni en la nota de la obra crítica hay referencia alguna a Aristóteles como autor de la doctrina que se tacha de falsa sutileza o de arte de subrepción. Esto revela, sin duda, que Kant ha tomado la teoría de las figuras del silogismo categórico de los manuales de lógica de su época, como acaso los de Wolff¹, Knutzen², Crusius³ o Meier⁴. Pero es también innegable que esos manuales hundían sus raíces en los escritos lógicos de Aristóteles, el padre de la lógica y creador de la doctrina del silogismo. Es lícito suponer, por tanto, que el citado reproche de Kant se dirige en definitiva contra la concepción del silogismo que defiende el propio Estagirita. ¿Tiene, pues, razón Kant al sostener que la doctrina aristotélica de las figuras del silogismo categórico es una “falsa sutileza”?

Fundamento imprescindible para hallar una respuesta a esta cuestión es, primero, recordar la idea general que se formó Aristóteles del silogismo, según la expone en los *Analíticos primeros*, pero también según la presenta la tradición lógica que llega hasta Kant; y, segundo, enumerar ordenadamente las tesis principales en que se cifra el severo juicio de Kant sobre la silogística aristotélica, tal como se defienden en el escrito de 1762. Solo una vez llevada a cabo, con la requerida brevedad, esta doble tarea se estará en disposición, en efecto, de valorar la pertinencia del reproche de Kant.

I. LA IDEA ARISTOTÉLICA DEL SILOGISMO

El procedimiento lógico de la división permite, según asevera el fundador de la Academia, “hacer inferencias” (συλλογίζεσθαι)⁵. A Aristóteles, sin embargo, no le pareció riguroso este método, que califica de “silogismo débil” (ἄσθενής συλλογισμός) [Apr, I, 31, 46 a 33]. Y movido acaso por esa insuficiencia, el Estagirita desarrolló su doctrina del silogismo, que, como él mismo reconoce en un célebre pasaje de sus *Refutaciones sofísticas*, se le debe a él por entero: “Sobre las cuestiones de retórica existían ya muchos y antiguos escritos, mientras que sobre el hacer inferencias (περὶ τοῦ συλλογίζεσθαι) no teníamos absolutamente nada anterior que citar, sino que hemos debido afanarnos empleando mucho tiempo en investigar con gran esfuerzo” [Se, 34, 184 a 9-b 3].

Aristóteles define el silogismo (συλλογισμός) como “el razonamiento en el que, puestas ciertas cosas, se sigue necesariamente algo distinto de ellas, por el mero hecho de haber sido puestas” [Apr, I, 1, 24 b 18-19. Cf. también T, I, 1, 100 a 25-27 y Se, 1, 165 a 1-3.]. En el silogismo hay que distinguir, por tanto, por un lado, “las cosas puestas”, vale decir, el antecedente,

que —según explica luego Aristóteles— está constituido por dos proposiciones: la llamada premisa mayor o primera premisa (πρώτη πρότασις) y la denominada premisa menor o segunda premisa (δευτέρα πρότασις); y, por otro lado, “lo que se sigue necesariamente de las cosas que han sido puestas”, o sea, el consecuente (συμπέρασμα). De este modo, el silogismo consiste, según la definición del Estagirita, en la derivación necesaria del consecuente a partir del antecedente, por el mero hecho de que este ha sido puesto, es decir, sin que se requiera algo más para que tenga lugar semejante necesidad.

Es de notar que Aristóteles compone siempre el silogismo como una expresión condicional de la forma: si A se predica de todo B (premisa mayor) y B se predica de todo C (premisa menor), entonces necesariamente A se predica de todo C (consecuente); o bien: si A no se predica de ningún B y B se predica de todo C, entonces necesariamente A no se predica de ningún C [cf. Apr, I, 4, 25 b 37-26 a 2]. Los comentaristas posteriores, sin embargo, han solido presentar la estructura del razonamiento silogístico por medio de proposiciones categóricas, considerando así al luego llamado silogismo categórico como la forma más pura y simple del silogismo. Se enuncia entonces: todo B es A; todo C es B; luego todo C es A; o bien; ningún B es A; todo C es B; luego ningún C es A. En todo caso se advierte que la derivación silogística exige que entren en juego tres términos: los dos (C y A) que se comparan en las premisas para afirmarse o negarse a título de sujeto y predicado en la proposición que se sigue del antecedente; y el término (B) que sirve de término de comparación y que aparece necesariamente tanto en la premisa mayor como en la menor y solo en ellas. A los dos primeros los llama Aristóteles “extremos”: el extremo mayor (τὸ μεῖζον ἄρκον) y el extremo menor (τὸ ἔλαττον ἄρκον), predicado y sujeto, respectivamente, de la proposición en que concluye el silogismo; al tercer término lo denomina término “medio” (τὸ μέσον). Los extremos, en efecto, están separados entre sí hasta tanto el medio no los acerca al permitir su mutua comparación con él.

Al estudio sistemático del llamado silogismo categórico, o también asertórico o no modal, dedica el filósofo de Estagira los siete capítulos que abren el primer libro de los *Analíticos primeros*. En ellos se enseña, entre otros asuntos, que el silogismo puede considerarse desde dos puntos de vista complementarios: desde el punto de vista de la disposición de los términos que en él entran en juego y desde el punto de vista de la disposición de las proposiciones que lo integran. La primera consideración da lugar a la teoría de las figuras (σχήματα) del silogismo; figura es, en efecto, como dice Aristóteles repetidas veces, aquello por virtud de lo cual se produce la necesaria derivación en que consiste el silogismo [Apr, I, 5, 27 a 36; 6, 28 a 22; 6, 29 a 16-17; 7, 29 a 31, 35-36]. La segunda perspectiva da origen a la doctrina de lo que luego se llamaron los modos, esto es, las especificaciones de las diversas

figuras silogísticas, en razón de las cuales se determinan la cantidad y la cualidad de la proposición que constituye el consecuente.

¿Qué piensa Kant de esta doctrina aristotélica sobre la forma del silogismo, de la que el mismo Leibniz afirmó que “es una de las más hermosas del espíritu humano, y aun de las más dignas de consideración”?⁶

II. LAS TESIS DE KANT SOBRE LAS FIGURAS DEL SILOGISMO

Kant acepta a su modo la concepción aristotélica del silogismo, al que define en su escrito de 1762 como “la comparación de una nota con una cosa por medio de una nota intermedia” [DfS, § 1, Ak II, 48], siendo esta última el llamado término medio del silogismo, del que serían sus extremos la nota (extremo mayor) y la cosa (extremo menor). No obstante, el filósofo sostiene una serie de tesis sobre la distinción de las cuatro figuras del silogismo que le llevan a concluir que esta teoría es una “falsa sutileza”. La posición de Kant sobre esta doctrina se puede cifrar en las seis tesis siguientes.

Primera tesis o *tesis de la distinción de las cuatro figuras del silogismo*, según la cual la tradicional distinción de las cuatro figuras del silogismo nace, casi como un juego, de la mera consideración de las posiciones posibles del término medio en las premisas. Escribe, en efecto, Kant: “Aquel que por primera vez escribió un silogismo en tres líneas consecutivas lo consideró como un tablero de ajedrez y buscó qué podía resultar del cambio de las posiciones del término medio; cuando se percató de que salía un sentido razonable, quedó tan sorprendido como quien descubre un anagrama de un nombre” [DfS, § 5, Ak II, 56-57]. Sin duda, el filósofo de Königsberg quiere decir, ante todo, que el término medio puede ocupar, en principio, cuatro lugares en las premisas de un silogismo. Puede ser, en efecto, 1.º, sujeto de la mayor y predicado de la menor; 2.º, predicado de la mayor y sujeto de la menor; 3.º, sujeto de la mayor y sujeto de la menor; y 4.º, predicado de la mayor y sujeto de la menor, dando lugar así, respectivamente, a las llamadas cuatro figuras del silogismo. Pero también quiere dar Kant a entender que, casi por casualidad, se comprobó luego que en cualquiera de estas figuras es posible hacer inferencias válidas, que en cualquiera de las posiciones que ocupe el término medio en las premisas cabía obtener un consecuente dotado de “un sentido razonable”.

Segunda tesis o *tesis de las reglas supremas del silogismo*, según la cual el principio lógico absolutamente evidente que funda los razonamientos silogísticos no es, como según Kant han pretendido “todos los lógicos hasta este momento” [DfS, § 2, Ak II, 49], el llamado principio *dictum de omni et nullo*, que enuncia que: “lo que se dice del todo, se dice de cada parte; lo que no se dice del todo, no se dice de ninguna de sus partes” (*quidquid dicitur de omni, dicitur de singulis; quidquid dicitur de nullo, negatur de singulis*). An-

tes bien, ese principio ha de ser sustituido, según el filósofo de Königsberg, por estas dos reglas, que enuncian respectivamente el fundamento supremo de todos los silogismos afirmativos: “una nota de la nota es una nota de la cosa misma” (*nota notae est etiam nota rei ipsius*); y el fundamento de los silogismos negativos: “lo que contradice a la nota de una cosa, contradice a la cosa misma” (*repugnans notae repugnat rei ipsi*) [DfS, § 2, Ak II, 49]. La razón de esta sustitución es, según Kant, fácilmente comprensible: el principio *dictum de omni* supone la verdad enunciada por la primera de las reglas citadas y es por ello un principio derivado o secundario. “Aquel concepto bajo el cual están contenidos otros” —escribe Kant— “se ha abstraído siempre como una nota de estos otros; así, pues, lo que pertenece a este concepto es una nota de una nota y, por tanto, también una nota de las cosas mismas de las que ha sido abstraído, es decir, conviene a los inferiores que están contenidos bajo él” [DfS, § 2, Ak II, 49]. Y dígase lo mismo, análogamente, del principio *dictum de nullo* respecto de la segunda de las reglas propuestas por Kant.

Tercera tesis o *tesis de la distinción entre silogismos puros y silogismos mixtos*, que Kant enuncia así: “Si un silogismo se realiza solamente mediante tres proposiciones según las reglas para todo silogismo que se acaban de exponer, lo llamo silogismo puro (*ratiocinium purum*); pero si solo es posible porque se combinan más de tres juicios, entonces es un silogismo mixto (*ratiocinium hybridum*)” [DfS, § 3, Ak II, 50]. Los silogismos mixtos o híbridos no son, en efecto, silogismos compuestos de varios silogismos, sino aquellos que, para concluir, han de intercalar tácita o expresamente en el antecedente una nueva premisa que se infiere inmediatamente de la mayor o de la menor.

Cuarta tesis o *tesis según la cual solo hay silogismos puros en la primera figura*. Kant la formula así: “En la llamada primera figura son posibles única y exclusivamente silogismos puros; en las tres restantes, exclusivamente mixtos” [DfS, § 4, Ak II, 51]. Y la explicación que de ella ofrece puede desglosarse del modo siguiente [cf. DfS, § 4, Ak II, 51-55 y también L, §§ 69-74, Ak IX, 126-128]:

a) El filósofo de Königsberg acepta, aunque en su escrito de 1762 no lo formule explícitamente, el descubrimiento aristotélico según el cual los silogismos de la primera figura (es decir, aquellos en los que el término medio es sujeto de la premisa mayor y predicado de la menor) solo pueden concluir válidamente cuando la premisa menor es afirmativa y la mayor universal (*sit minor affirmans, maior vero generalis*, dice la fórmula acuñada en las escuelas). Por ello, para construir un silogismo de esta clase —enseña Kant—, solo es necesario admitir las reglas supremas del silogismo: “una nota de la nota es una nota de la cosa misma” y “lo que contradice a la nota de una cosa, contradice a la cosa misma”. De este modo, el antecedente de los silogismos de la primera figura está compuesto exclusivamente por dos premisas: la mayor, que

de una nota (B) afirma o niega otra nota (A), y la menor, que de una cosa (C) afirma aquella primera nota (B). Concluye así, en efecto, que la nota (A) de una nota (B) es una nota de la cosa (C), o que lo que repugna (A) a la nota (B) de una cosa (C), repugna también a la cosa misma (C). Los silogismos de la primera figura son, por tanto, a tenor de la definición dada por Kant, silogismos puros.

Muy otra cosa ocurre, en cambio, según el filósofo, con los silogismos de las otras figuras, que son necesariamente mixtos o híbridos:

b) Kant admite tácitamente la verdad descubierta desde antiguo según la cual en los silogismos de la segunda figura (o sea, aquellos en los que el término medio es el predicado tanto de la premisa mayor como de la menor) solo se infiere correctamente cuando una de sus premisas es negativa y la mayor es universal (*una negans esto, maior vero generalis*, según la fórmula clásica). Por esta razón, para componer un silogismo de esta especie es menester admitir como regla, según la enseñanza de Kant, que “lo que es contradicho por una nota de una cosa, contradice a la cosa misma”. Ahora bien, esta regla solo permite concluir según las antedichas reglas supremas del silogismo si se añade la proposición, obtenida inmediatamente de ella, según la cual “lo que es contradicho por una nota de una cosa, contradice también a esa nota”. De esta manera, los silogismos de la segunda figura, para concluir, deben añadir, implícita o explícitamente, a la premisa mayor y a la menor una nueva proposición obtenida por inferencia inmediata, concretamente por conversión simple de la mayor negativa —como expresamente enseña Kant—, en un caso, o por contraposición de la mayor afirmativa y la menor negativa —según la lógica exige⁷—, en otro. Son, por tanto, silogismos mixtos o híbridos, según la denominación de Kant.

c) También reconoce Kant, al menos implícitamente, que los silogismos de la tercera figura (o sea, aquellos en los que el término medio es el sujeto tanto de la premisa mayor como de la menor) solo son inferencias legítimas si la premisa menor es afirmativa y la conclusión es particular (*sit minor affirmans, conclusio particularis*, reza la fórmula tradicional). De ahí que, para inferir en esta figura sea preciso, según Kant, aceptar la regla: “Toda nota que pertenece o contradice a una cosa, pertenece o contradice a algunas cosas comprendidas bajo otra nota de esta cosa”. Ahora bien, esta regla solo se ajusta a las reglas supremas del silogismo propuestas por el filósofo porque permite convertir *per accidens* la proposición en que se atribuye la pertenencia o la repugnancia de otra nota a la cosa. De este modo, los silogismos de la tercera figura obtienen el consecuente mediante tres proposiciones: la premisa mayor,

la premisa menor y la conversa por accidente de la premisa menor⁸. Son también, por tanto, silogismos híbridos, según la clasificación de Kant.

d) Los silogismos de la cuarta figura (vale decir, aquellos en los que el término medio es predicado de la premisa mayor y sujeto de la menor) constituyen, por así decir, una inversión de los de la primera figura, ya que en la proposición que forma el consecuente hace de sujeto lo que realmente debería ser predicado y viceversa. De ellos dice Kant en su escrito sobre las figuras del silogismo: “El tipo de inferencia en esta figura es tan antinatural y se funda en tantas inferencias intermedias posibles, que hay que pensar como intercaladas, que la regla que pudiera presentar en general para ella sería muy oscura e incomprensible” [DfS, § 4, Ak II, 53]. Por eso se limita a señalar que, en el caso de los silogismos negativos de esta figura, “es posible una inferencia correcta porque puedo cambiar las posiciones de los términos bien por conversión lógica bien por contraposición, y, por tanto, tras cada premisa puedo pensar su consecuencia inmediata, de tal manera que estas consecuencias se hallen en la relación en la que tienen que estar en un silogismo según la regla universal” [DfS, § 4, Ak II, 53]. Los silogismos negativos de la cuarta figura son, pues, necesariamente híbridos. En el caso de los silogismos afirmativos, por el contrario, no es posible inferencia válida alguna. Si en esos silogismos el término mayor está en la premisa mayor y el término menor, en la premisa menor, entonces —escribe Kant— “aplicando todas las transformaciones lógicas posibles no se puede disponer las premisas de tal modo que de ellas se deduzca la conclusión, ni siquiera otra proposición de la que la conclusión se derive como una consecuencia inmediata” [DfS, § 4, Ak II, 54]. Si se modifican, en cambio, las posiciones de los términos, haciendo del mayor el menor y viceversa, para poder inferir la conclusión “es necesaria también” —en palabras de Kant— “una transposición total de las premisas” [DfS, § 4, Ak II, 54]. De este modo, el filósofo sostiene que el silogismo afirmativo de la cuarta figura “contiene, en efecto, los materiales, pero no la forma en virtud de la cual debe concluir” [DfS, § 4, Ak II, 54-55].

Quinta tesis o *tesis de la reducción de las tres últimas figuras del silogismo a la primera*. Kant la enuncia con estas palabras: es indiscutible que todas las figuras silogísticas, “a excepción de la primera, determinan la consecuencia solo mediante un rodeo e inferencias inmediatas entremezcladas, y que la misma conclusión se seguiría pura y sin mezcla del mismo término medio según la primera figura” [DfS, § 4, Ak II, 55]. En efecto, Kant enseña que añadir al antecedente de las tres últimas figuras las inferencias inmediatas que se les exigen para ser concluyentes equivale a reducir la figura de es-

tos silogismos a los de la primera figura. Sea, por ejemplo, el silogismo de la segunda figura: ningún A es B; todo C es B; luego ningún C es A. El necesario añadido de una nueva premisa, que es la conversa simple de la premisa mayor: ningún B es A, vale tanto como la sustitución de la una por la otra, con lo que el razonamiento se transforma en un silogismo de la primera figura. O sea el silogismo de la tercera figura: todo B es A; todo B es C; luego algún C es A. La requerida adición de una nueva premisa, que es la conversa por accidente de la premisa menor: algún C es B, equivale a reemplazar una por otra, con lo que el silogismo se convierte igualmente en uno de la primera figura. O sea, en fin, el silogismo negativo de la cuarta figura: ningún A es B; algún B es C; luego algún C no es A. La forzosa agregación de dos premisas, una que es la conversa simple de la mayor: ningún B es A, y otra que es la conversa simple de la menor: algún C es B, vale lo mismo que permutar unas por otras, con lo que la inferencia se transforma en un silogismo de la primera figura.

Sexta tesis o *tesis conclusiva sobre la “falsa sutileza” de las figuras silogísticas*. Con las tesis anteriores Kant quiere mostrar, en efecto, que la posibilidad de cambiar la posición del término medio en las premisas del silogismo permite la sutileza de descubrir que en todas las posiciones posibles del término medio, es decir, en todas las figuras del silogismo, cabe inferir válidamente. Esta sutileza se revela, sin embargo, como falsa, según el filósofo, al hallarse que la inferencia correcta solo se produce en virtud de la primera figura, al ser la única que se atiene directamente a las reglas supremas del silogismo. Si bien, pues, “es indiscutible que en todas estas cuatro figuras puede concluirse correctamente” [DfS, § 5, Ak II, 55], Kant reprocha a la división lógica de las cuatro figuras del silogismo el ser una división inútil y aun falsa. Inútil, por cuanto “es imposible concluir de modo simple y sin mezcla en más de una figura, porque, en realidad, solo la primera figura, que se halla escondida en un silogismo mediante inferencias ocultas, contiene siempre la fuerza concluyente, y la posición cambiada de los conceptos solo produce un rodeo menor o mayor que hay que recorrer para captar la consecuencia” [DfS, § 6, Ak II, 58]. Falsa, por cuanto que las tres últimas figuras “pretenden contener una inferencia pura y simple”, según revela el hecho de que “hasta este momento todos los lógicos las han tenido por silogismos simples sin una necesaria interposición de otros juicios” y les han conferido por ello “derecho de ciudadanía” [DfS, § 5, Ak II, 56]. La lógica, pues —escribe Kant en el prólogo de la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*—, aunque “desde Aristóteles no ha tenido que dar un paso atrás”, tiene, sin embargo, que “suprimir algunas sutilezas inútiles (*entbehrlichen Subtilitäten*)” [KrV, B VIII].

¿Acierta Kant en su crítica de la doctrina aristotélica de las figuras del silogismo? ¿Se hace, en verdad, acreedora esta teoría del reproche de falsa sutileza?

III. RECUSACIÓN DEL REPROCHE DE FALSA SUTILEZA

Con las cinco primeras tesis que defiende Kant sobre la silogística aristotélica ocurre algo muy curioso y, en apariencia, paradójico. La tesis que más directamente fundamenta el cargo de “sutileza”, vale decir, de ingeniosidad artificiosa y en cierto modo inútil⁹, contra la división de las figuras silogísticas —o sea, la tesis primera— no afecta a la genuina doctrina de Aristóteles. La tesis más novedosa —esto es, la segunda—, aunque, a la luz de la naturaleza del silogismo, no podría ser admitida sin más por el Estagirita, se revela que no es determinante para el rechazo de la distinción de las figuras del silogismo. Finalmente, las tres tesis siguientes, que son las que más inmediatamente se dirigen a probar la acusación de que la división de las figuras silogísticas es “falsa”, esto es, engañosa, parecen ser defendidas expresamente por el propio Aristóteles y forman parte esencial de su doctrina. Ello indica que el reproche kantiano de falsedad tiene que deberse, no tanto a una diferencia con Aristóteles respecto de alguna cuestión de técnica lógica, cuanto, más bien, a una discrepancia básica con el Estagirita respecto del sentido y el alcance de ciertos procedimientos lógicos. Comprobemos con algún detenimiento lo hasta ahora solo consignado.

Respecto de la primera tesis, o tesis de la distinción de las cuatro figuras del silogismo, no se puede por menos que concordar con Kant en la afirmación de que si se toma como criterio para dividir las figuras del silogismo el lugar que ocupa el término medio en las premisas, entonces es forzoso reconocer que hay cuatro figuras silogísticas y, a la vez, que esta clasificación tiene un carácter un tanto artificioso. No es legítimo, sin embargo, atribuir —explícita o implícitamente— a Aristóteles la adopción de semejante criterio, pues, como es bien sabido, el Estagirita no distingue cuatro figuras del silogismo, sino únicamente tres. La adición de la cuarta figura es muy posterior en la historia de la silogística, compareciendo por primera vez, según parece, en los tratados lógicos de las postrimerías del Medioevo¹⁰.

El hecho de que Aristóteles distinga tres figuras del silogismo revela, por tanto, que la posición del término medio en las premisas no es el fundamento de la división, sino más bien, la consecuencia necesaria del criterio adoptado. Tal criterio no es otro que la extensión del término medio respecto de los extremos¹¹. Adviértase, en efecto, que en todo silogismo el extremo mayor lo es respecto del menor, y viceversa. Así, dado que el término de mayor extensión se predica del de menor extensión, y no a la inversa, el extremo mayor es siempre predicado del extremo menor, que funge en todo caso de sujeto de la conclusión. En cambio, el término medio, que tiene como función en el silogismo la de “mediar” entre ambos extremos, es decir, la de conectarlos en la predicación, puede ser tanto sujeto como predicado de uno de ellos o de ambos, y ello, naturalmente, en función de la diferente extensión

que puede tener respecto de ambos extremos. Es fácil advertir que solo tres casos son posibles [cf. Apr, I, 23, 40 b 30-41 a 20].

PRIMER CASO: el término medio (B) es menor que el extremo mayor (C) y mayor que el extremo menor (A). Por tanto, del término medio se predica el extremo mayor y el término medio se predica del menor. Surge así la primera figura del silogismo. En ella, en efecto, como enseña Aristóteles, el extremo mayor es “aquel en el que está contenido el medio” y el menor, “aquel que está subordinado al medio” [Apr, I, 4, 26 a 21], o simbólicamente: $C > B > A$. (En este único caso, ciertamente, el término medio está en el medio de los extremos). Y como consecuencia necesaria de esta peculiaridad, en la primera figura el término medio ocupa el lugar del sujeto en la premisa mayor y el lugar del predicado en la menor.

SEGUNDO CASO: el término medio (B) es mayor que ambos extremos (C y A). Por tanto, el término medio se predica tanto del extremo mayor como del menor. Aparece de este modo la segunda figura del silogismo. En ella, en verdad, según afirma el Estagirita, el extremo mayor es aquel “que se halla inmediato al medio” y el menor, el que está “más alejado del medio” [Apr, I, 5, 26 b 37-38], o sea: $B > C > A$. Y como consecuencia necesaria de este rasgo, en la segunda figura el término medio funge como predicado de ambas premisas.

TERCER CASO: el término medio (B) es menor que ambos extremos (C y A). Por tanto, del término medio se predicán el extremo mayor y el extremo menor. Nace de esta manera la tercera figura del silogismo. En ella, ciertamente, según la doctrina aristotélica, el extremo mayor es “el más alejado del medio” y el menor, el que está “más próximo” a él [Apr, I, 6, 28 a 14], esto es: $C > A > B$. Y como consecuencia necesaria de este hecho, en la tercera figura el término medio está en la posición del sujeto tanto de la primera como de la segunda premisa.

No cabe en modo alguno la posibilidad de un cuarto caso, que daría lugar a una presunta cuarta figura, a saber: el caso de que el término medio (B) sea mayor que el extremo mayor (C) y menor que el extremo menor (A), *i. e.*: $A > B > C$, porque entonces se daría el absurdo de que el término medio se predicaría del extremo mayor, que, a pesar de ello, tendría menor extensión que el extremo menor, y, a la inversa, que del término medio se predicaría el extremo menor, que, no obstante, tendría mayor extensión que el extremo mayor. Ello no es óbice, sin embargo, a que Aristóteles haya reconocido la legitimidad de ciertas inferencias en cuya conclusión aparecen como sujeto y predicado, respectivamente, el extremo mayor y el extremo menor del silo-

gismo [cf. Apr, I, 7, 29 a 19-27 y II, 1, 53 a 8-14], que entonces tienen la misma extensión, porque —según la doctrina de la *suppositio* de los términos desarrollada por los lógicos medievales— el sujeto de la conclusión “suple por” (*supponit pro*) lo mismo que el predicado. Se atribuye a Teofrasto la sistematización de estas peculiares inferencias, que el sucesor de Aristóteles en el Liceo no consideró modos de una nueva figura silogística, sino, antes bien, modos indirectos de la ya conocida primera figura¹².

Así, pues, es menester señalar, frente a la opinión de Kant, que la división de las figuras del silogismo no nace del puro juego de las permutaciones posibles del término medio en las premisas, sino de la consideración de la función que desempeña el término medio en el silogismo. Y, como vemos, esta función de ser el fundamento del nexo predicativo entre los extremos la realiza el término medio siendo predicado o sujeto de predicación de uno u otro extremos a tenor de su extensión respecto de ellos. Esta puntualización hace insostenible, por tanto, la acusación de “sutileza”, es decir, de ingeniosidad artificiosa, lanzada por el filósofo de Königsberg contra la clasificación de las figuras silogísticas.

Por otra parte, como se recuerda, con su segunda tesis sobre la doctrina del silogismo de Aristóteles, Kant pretende sustituir el principio que tradicionalmente se ha considerado como la regla suprema del silogismo por otros dos principios, que propone como novedad. El clásico *dictum de omni et nullo* ha de ser reemplazado, según el filósofo regiomontano, por los principios: *nota notae est etiam nota rei ipsius* y *repugnans notae repugnat rei ipsi*, y ello en razón de que la verdad enunciada por el primero supone la verdad expresada por los dos últimos. A esta pretensión de Kant hay que oponer las siguientes consideraciones.

En verdad, la tradición que ve en el principio *dictum de omni et nullo* el principio supremo del silogismo se remonta al propio Aristóteles, que lo formula expresamente al comienzo de sus *Analíticos primeros*: “Que algo está contenido en la totalidad de otro algo y que algo se predica de otro algo tomado universalmente, es lo mismo. Decimos que algo se predica universalmente cuando no es posible encontrar nada del sujeto que no esté contenido en el otro algo. Y de igual manera en el caso de no predicarse de ninguno” [Apr, I, 1, 24 b 26-30]. No obstante, el Estagirita enuncia también formalmente, en varios lugares de sus escritos lógicos, el principio *nota notae est etiam nota rei ipsius*. Así, en las *Categorías* se lee: “Cuando algo se predica de otro algo como su sujeto, todo lo que se dice de lo que se predica se dirá también del sujeto” [C, 3, 1 b 10-11; cf. C, 5, 3 b 4]. Y en los *Tópicos* se afirma: “De aquello que se predica la especie, también se predica el género” [T, IV, 1, 121 a 25].

Bien mirado, en el sentir del Estagirita, estos dos principios no se distinguen esencialmente. Antes bien, ambos son expresiones determinadas de un mismo y único principio: el llamado principio de identidad y discrepancia, según el cual dos cosas idénticas a una tercera son idénticas entre sí y dos cosas,

de las que una es idéntica y la otra distinta respecto de una tercera, son distintas entre sí. El principio *dictum de omni et nullo* enuncia esta misma verdad determinándola respecto de la *extensión* de los conceptos: lo que se afirma o se niega universalmente de una cosa debe afirmarse o negarse de todo lo que está contenido bajo ella. Los principios propuestos por Kant, en cambio, formulan la misma verdad, pero determinándola respecto de la *comprensión* o *intensión* de los conceptos: una nota de la nota es una nota de la cosa misma y lo que contradice a la nota de una cosa, contradice a la cosa misma.

El hecho —afirmado por Kant y reconocido, sin duda, por Aristóteles— de que la extensión de un concepto se funda en su comprensión, no autoriza, sin embargo, a afirmar, como hace Kant, que el principio *dictum de omni et nullo* tiene “el fundamento único de su verdad” en las reglas supremas *nota notae* y *repugnans notae* [DfS, § 2, Ak II, 49] o que “puede deducirse fácilmente de ellas” [L, § 63, Ak IX, 123]. Antes bien, aquel principio y estas reglas tienen, como vemos, el fundamento único del que deriva su verdad en la verdad que enuncia el principio de identidad y discrepancia, el cual, a su vez, no es sino un giro del principio de contradicción.

¿Cabría, sin embargo, en razón de esa cierta primacía que estas dos reglas tienen sobre aquel principio, conceder a Kant su pretensión de reemplazar sin más el principio clásico por las mencionadas reglas? La naturaleza del silogismo impide esta concesión. En efecto, el silogismo, según enseña Aristóteles, parte de lo universal: ὁ δὲ συλλογισμὸς ἐκ τῶν καθόλου [EN, VI, 3, 1139 b 28]; es decir, el antecedente del silogismo contiene el fundamento genérico de lo que el consecuente enuncia de manera específica. Para que haya consecuencia es, pues, menester que los extremos se comparen con el fundamento genérico, es decir, con el término medio tomado, al menos una vez, en toda su extensión. Solo así se asegura, en verdad, la identidad o discrepancia de los extremos con el término medio, y no con partes distintas de él, lo que convertiría al silogismo en una *quaternio terminorum*. La consideración de la extensión de los conceptos es, pues, esencial al silogismo y no cabe por ello prescindir del principio *dictum de omni et nullo* como principio supremo que lo rige.

Y tanto es así que ni siquiera el propio Kant pudo sustraerse a esta necesidad. En su *Lógica*, en efecto, aunque no abandonó las reglas enunciadas en el escrito de 1762 como reglas supremas del silogismo categórico, reconoció, sin embargo, como principio general de todos los silogismos, sean categóricos, hipotéticos o disyuntivos, este otro, cuya formulación es muy cercana al *dictum de omni et nullo*: “Lo que está bajo la condición de una regla, está bajo la regla misma (*Was unter der Bedingung einer Regel steht, das steht auch unter der Regel selbst*)” [L, § 57, Ak IX, 120]. Y por ello pudo escribir en su obra principal: “La función de la razón en sus inferencias consiste en la universalidad del conocimiento por conceptos, y el mismo silogismo es un juicio

que está determinado a priori en toda la extensión (*in dem ganzen Umfange*) de su condición” [KrV, A 321/B 378].

Así, pues, también Kant tuvo que reconocer que la validez de todo silogismo se funda necesariamente en que se tome la extensión de su condición, es decir, del término medio, en toda su universalidad, si bien la fórmula que adopta como principio del silogismo categórico no expresa esta necesidad de un modo tan claro como la enuncia el *dictum de omni et nullo*. El empeño de Kant en fundar el silogismo categórico en las reglas *nota notae* y *repugnans notae* no tiene, por tanto, un peso decisivo en el establecimiento de su tesis conclusiva según la cual la doctrina de las figuras silogísticas es un arte de subrepción y engaño.

Si, a la luz de la enseñanza de Aristóteles, las dos primeras tesis de Kant sobre la silogística del filósofo de Estagira requerían correcciones y matizaciones, las tres siguientes no precisan en absoluto, al parecer, enmienda alguna: en su literalidad parecen formar parte esencial, desde su mismo comienzo, de la doctrina aristotélica. Bastará para probarlo con aducir algunos pasajes de los *Analíticos primeros* en los que Aristóteles las formula expresamente.

Así, la división que Kant consigna en su escrito de 1762 entre los silogismos puros y los silogismos mixtos equivale a la que ya había establecido Aristóteles, en las primeras páginas del libro citado, entre los silogismos perfectos y los silogismos imperfectos. Escribe, en efecto, el Estagirita: “Llamo silogismo perfecto (τέλειον) al que no necesita nada además de las cosas puestas para mostrar la necesidad de lo que sigue, y llamo silogismo imperfecto (ἀτελής) al que requiere de una o varias cosas más, que son necesarias en razón de lo que se ha establecido, pero no se han puesto explícitamente en las premisas” [Apr, I, 1, 24 b 22-26].

Es también doctrina genuinamente aristotélica que solo hay silogismos perfectos —o puros, en la terminología de Kant— en la primera figura. “Es asimismo manifiesto” —escribe Aristóteles al estudiar los modos válidos de la primera figura— “que todos los silogismos en esta figura son perfectos (pues todos llegan a la conclusión en virtud de las premisas tomadas desde el principio)” [Apr, I, 4, 26 b 28-30]. Al investigar las inferencias correctas de la segunda figura advierte: “El silogismo en esta figura no será en modo alguno perfecto, pero será posible tanto si los extremos son universales como si no lo son” [Apr, I, 5, 27 b 1-3]. Y al considerar los razonamientos legítimos de la tercera figura reconoce: “Tampoco en esta figura puede haber un silogismo perfecto, pero será posible tanto si los extremos se relacionan universalmente como si no con el término medio” [Apr, I, 6, 28 a 15-17].

Y no es, en fin, uno de los méritos menores de la enseñanza de Aristóteles el haber mostrado con todo detenimiento que cabe reducir los modos válidos de todas las figuras silogísticas a los de la primera: “Es también manifiesto que todos los silogismos imperfectos se hacen perfectos (τελειοῦνται) por

medio de la primera figura” [Apr, I, 7, 29 a 30-31]. Es sabido, en efecto, que, para hacer evidente cómo es posible comprobar la validez de los silogismos de la segunda y tercera figura gracias a la construcción del silogismo correspondiente de la primera figura, Aristóteles se sirve de dos tipos de reducción (*ἀναγωγή*): la ostensiva y la apagógica. Merced a la ostensión o exposición (*ἐκθεσις*), el silogismo imperfecto se reduce directamente a uno perfecto convirtiendo simplemente o por accidente algunas de sus premisas y, en algunos casos, transponiéndolas. Merced a la reducción apagógica o demostración por imposible (*ἀπόδειξις διὰ τοῦ ἀδυνάτου*), el silogismo imperfecto se transforma indirectamente en uno perfecto que muestra la imposibilidad de negar la conclusión del silogismo del que se parte si a la vez se afirman las premisas.

¿Tiene entonces razón Kant al inferir de estas afirmaciones de Aristóteles la falsedad de la división de las figuras silogísticas, aun restringida esa división —si se acepta la corrección anterior— a tres especies y no a cuatro? De la necesidad de la reducción de las figuras silogísticas a la primera, ¿se sigue, en verdad, como pretende Kant, que reconocer más de una figura silogística es inútil y aun engañador?

Como sabemos, la falsedad atribuida por Kant a la distinción de las figuras del silogismo no significa en modo alguno que no quepa hacer inferencias válidas en todas ellas: “Es indiscutible que en todas estas cuatro figuras puede concluirse correctamente” [DfS, § 5, Ak II, 55], reconoce inequívocamente Kant. Por tanto, la inutilidad que achaca a las figuras silogísticas que no son la primera no puede ser tampoco una inutilidad absoluta. Y así, como la conclusión de todas las inferencias válidas de la segunda figura es siempre negativa, razonar en esta figura será sin duda útil en la refutación de la posición de un adversario; y como la conclusión de todas las inferencias correctas de la tercera figura es siempre particular, su empleo será apropiado para mostrar casos que desmienten una presunta verdad universal.

Antes bien, la falsedad que Kant predica de la división de las figuras silogísticas equivale a afirmar que la necesaria reducción de todas las figuras a la primera muestra que solo es posible inferir según una figura y no según tres o cuatro. No hay, pues, varias figuras del silogismo, sino una sola. Dicho de otra manera, Kant se opone a la concepción de Aristóteles, y los lógicos que lo siguieron, según la cual los silogismos imperfectos, a pesar de necesitar hacer explícito lo implícitamente contenido en sus premisas, por el solo hecho de ser correctos tienen el derecho de ser considerados auténticos silogismos que concluyen por sí mismos. Pues, para Kant, como hemos visto, la necesaria reducción de los silogismos mixtos a los puros revela, por el contrario, dicho con sus propias palabras, que “solo la primera figura, que se halla escondida en un silogismo mediante inferencias ocultas, contiene siempre la fuerza concluyente” [DfS, § 6, Ak II, 58]. Por tanto, como la finalidad de la lógica “no es enredar, sino resolver, no presentar algo de modo encu-

bierto, sino patente” [DfS, § 5, Ak II, 56], a las figuras imperfectas del silogismo —concluye Kant— “no se les puede otorgar el derecho de aparecer en una exposición lógica como fórmulas de la más clara representación de un silogismo” [DfS, § 5, Ak II, 56].

En este punto, sin embargo, Kant incurre en un grave error sobre el sentido y el alcance de la reducción. El filósofo, en efecto, afirma, según se desprende de sus tesis cuarta y quinta antes examinadas, que reducir un silogismo mixto a uno puro equivale a encontrar los juicios intermediarios implícitamente contenidos en las premisas, para poder así conferirles validez en razón de la verdad enunciada por las reglas supremas del silogismo. Sin tales juicios, enseña Kant, el silogismo no concluiría por sí mismo, ya que no se atiende directamente a las mencionadas reglas. Ahora bien, como la interposición de tales juicios equivale a construir un silogismo puro, los silogismos mixtos son inútiles: la misma conclusión podría ser alcanzada sin rodeo alguno.

Pero no ocurre así en realidad, según se echa de ver en las enseñanzas de Aristóteles. Antes bien, el filósofo de Estagira sostiene que la búsqueda de los juicios intermediarios implícitos en las premisas de los silogismos imperfectos no es necesaria para otorgar validez al silogismo, sino para descubrir por qué estos silogismos valen por sí mismos. En efecto, la inferencia inmediata requerida para pasar de lo implícito a lo explícito no nos descubre una nueva verdad, presuntamente necesaria para que haya consecuencia, sino que presenta la misma verdad bajo dos aspectos diversos. Así, tanto si las verdades enunciadas por las premisas se presentan bajo la forma de un silogismo imperfecto como si se exponen bajo la forma de un silogismo perfecto, ambos silogismos concluyen exactamente a partir de las mismas verdades. Y como sabemos que el silogismo perfecto concluye en razón de la verdad enunciada por el principio supremo del silogismo —dada justamente la extensión que en él tiene el término medio respecto de los extremos—, la equivalencia con el imperfecto muestra que este concluye exactamente por la misma razón. La reducción no es, pues, un recurso para hacer válido un silogismo que sin él no lo sería, sino un método para probar la validez que ya tiene un silogismo. Por eso, los lógicos que siguieron la enseñanza de Aristóteles resolvieron la llamada *quaestio de praestantia figurarum* otorgando la primacía a la primera, porque gracias a esta figura se comprueba la validez de las otras, que, por ello, se sitúan detrás de ella, sin quedar excluidas en modo alguno del elenco de las figuras por cuya virtud se produce una consecuencia. Pues la finalidad de la silogística es, en verdad, el análisis y la sistematización de todos los modos correctos de inferir y de las condiciones lógicas que los hacen válidos.

Es, pues, la tergiversación del verdadero sentido y del auténtico alcance de la reducción la que explica que de afirmaciones que solo son aparentemente idénticas haya inferido Kant una conclusión opuesta a las enseñanzas de Aristóteles. Y es también este error sobre la naturaleza del procedimiento de

la reducción el que anula por completo la fuerza de la acusación de falsedad que Kant dirige contra las figuras del silogismo.

¿Sorprenderá entonces, a la luz de lo expuesto, el parco, pero severo juicio que el lógico e historiador de la lógica Heinrich Scholz pronunció sobre el opúsculo kantiano de 1762: “Y el propio manifiesto de Kant *La falsa sutileza de las cuatro figuras del silogismo* resulta todavía hoy instructivo por el hecho de que nada puede salvarse de todo lo que Kant ha dicho en ese opúsculo”¹³?

Departamento de Filosofía I (Metafísica y Teoría del Conocimiento)
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid
Ciudad Universitaria, E-28040 Madrid
E-mail: rrovira@filos.ucm.es

NOTAS

¹ Christian Wolff, *Philosophia rationalis sive Logica*, Frankfurt-Leipzig, 1728.

² Martin Knutzen, *Elementa philosophiae rationalis seu logicae cum generalis tum specialioris mathematica methodo in usum auditorum suorum demonstrata*, Königsberg-Leipzig, 1747.

³ August Christian Crusius, *Weg zur Gewissheit und Zuverlässigkeit der menschlichen Erkenntnis*, Leipzig, 1747.

⁴ Georg Friedrich Meier, *Auszug aus der Vernunftlehre*, Halle, 1752. Kant solía usar este manual como base de sus lecciones y por ello se reproduce en uno de los tomos de la edición canónica de sus obras (Ak XVI, 3-872).

⁵ Platón, *Politicus*, 280 a.

⁶ G. W. Leibniz, *Nouveaux essais sur l'entendement humain*, libro IV, cap. XVII, § 4, en G. W. Leibniz, *Sämtliche Schriften und Briefe*. Hrsg. von der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin. Darmstadt-Leipzig-Berlin, Akademie Verlag, 1923 ss., VI, 6, 478.

⁷ A este resultado llega, en efecto, Francis Courtès en la larga y erudita discusión de este asunto que recoge en su *Étude historique et critique sur La fausse subtilité des quatre figures syllogistiques démontrée par Kant*, Paris, J. Vrin, 1972, pp. 130-134, particularmente p. 133.

⁸ Francis Courtès señala en su *op. cit.*, p. 135, que esto solo es válido para los silogismos de la tercera figura cuyas premisas mayores son proposiciones universales (por tanto, los modos que tradicionalmente se conocen como Darapti, Datisi, Felapton y Ferison), pero no para aquellos cuya premisa mayor es particular (como es el caso de los modos llamados Disamis y Bocardo). En efecto, en este caso, la conversión *per accidens* de la menor nos proporciona dos proposiciones particulares, de las que nada cabe inferir, como expresa el axioma: *e puris particularibus nihil sequitur*. Otros recursos lógicos serían, pues, exigibles en los modos de la tercera figura cuyas premisas mayores son proposiciones particulares para hacer explícitas las premisas adicionales necesarias para que, según Kant, haya consecuencia.

⁹ Repárese en que, en su manual de lógica, Kant define la sutileza (*Grübeleien*) como “un conocimiento sin consecuencias importantes” (*Logik. Ein Handbuch zu Vorlesungen*, Einl. VI, Ak IX, 49).

¹⁰ “Es curioso que no hallemos rastro alguno de alguien que defendiera la doctrina de las cuatro figuras antes del fin de la Edad Media”, se lee en la célebre obra *The Development of Logic*, Oxford, Clarendon Press, 1962, IV, 1, p. 183, de William y Martha Kneale. Según estos historiadores de la lógica, en efecto, es falso atribuir a Galeno —como hizo Averroes— la introducción de la cuarta figura del silogismo, que aun hoy en día suele denominarse “figura galénica”.

¹¹ Cf. David Ross, *Aristotle*. With a new introduction by John L. Ackrill. London-New York, Routledge, 1995, 6th ed., II, p. 21.

¹² Vid. William y Martha Kneale, *The Development of Logic*, ed. cit., II, 9, p. 100.— Respecto de la cuestión —suscitada en nuestros días sobre todo por Jan Łukasiewicz en su obra fundamental *Aristotle’s Syllogistic from the Standpoint of Modern Formal Logic*, Oxford, Clarendon Press, 1951, pp. 23-28— de si Aristóteles, sin nombrarla de modo expreso, conoció y usó realmente, en los pasajes de los *Analíticos primeros* citados anteriormente, y en otros más, la cuarta figura silogística, puede verse la discusión de Mario Mignucci en su obra *La teoria aristotelica della scienza*, Firenze, G. C. Sansoni Editore, 1965, “Appendice: Osservazioni sulla quarta figura”, pp. 333-345.

¹³ Heinrich Scholz, *Abriss der Geschichte der Logik*, Freiburg-München, Karl Alber, 1959, 2. Aufl., p. 44.

ABREVIATURAS UTILIZADAS PARA CITAR LAS OBRAS DE ARISTÓTELES Y DE KANT

Apr	<i>Analytica priora</i>
C	<i>Categoriae</i>
EN	<i>Ethica Nichomachea</i>
Se	<i>Sophistici elenchi</i>
T	<i>Topica</i>

Ak	<i>Kant’s gesammelte Schriften</i> , hrsg. von der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Berlin, 1902 ss.
DfS	<i>Die falsche Spitzfindigkeit der vier syllogistischen Figuren</i>
KrV	<i>Kritik der reinen Vernunft</i>
L	<i>Logik. Ein Handbuch zu Vorlesungen</i> , hrsg. von G. B. Jäsche